

A black and white photograph of the Brooklyn Bridge. The image is taken from a low angle on the pedestrian walkway, looking down the length of the bridge. Two people are walking away from the camera in the center of the frame. The bridge's massive stone towers and the intricate network of steel cables are prominent. The text 'JONATHAN LETHEM HUÉRFANOS DE BROOKLYN' is overlaid in white, bold, sans-serif capital letters across the upper portion of the image, centered between the two towers.

JONATHAN LETHEM
HUÉRFANOS
DE BROOKLYN

Tengo el síndrome de Tourette. Las palabras salen atropellándose, incontrolables, y las manos no pueden evitar tocar impulsiva y compulsivamente todo lo que tengan cerca. Es el sino de Lionel Essrog, criado en un orfanato y que, junto con sus tres amigos de la infancia, trabaja para un mafiosillo local, Frank Minna, en una agencia ilegal de detectives.

El asesinato de Frank le obligará a sumergirse en la trama, compleja y llena de sombras, de relaciones, amenazas y favores que conforme el Brooklyn que él creía conocer tan bien y donde nadie es lo que parece.

Huérfanos de Brooklyn supera con creces lo que podríamos considerar una novela negra, subvierte el género y le confiere nuevos matices hasta lograr un texto sumamente original.

ENTRA UN TIPO

El contexto lo es todo. Disfrázame y verás. Soy un voceador de feria, un subastador, un artista de performances del centro de la ciudad, un experto en lenguas ignotas, un senador borracho de maniobras dilatorias. *Tengo el síndrome de Tourette*. Mis labios no paran, aunque sobre todo susurro y murmuro como si leyera en voz alta mientras mi nuez sube y baja y el músculo de la mandíbula late como un corazoncito escondido bajo la mejilla pero sin emitir ningún sonido; las palabras se me escapan en silencio, meros fantasmas de sí mismas, cascaras vacías de aliento y tono. (De ser un villano de Dick Tracy, tendría que ser Mumbles). Las palabras se precipitan fuera de la cornucopia de mi cerebro en esta forma limitada para pasearse sobre la superficie del mundo, haciéndole cosquillas a la realidad como los dedos a las teclas de un piano. Acariciando, toqueteando. Son un ejército invisible en misión de paz, una horda pacífica. No tienen malas intenciones. Apaciguan, interpretan, masajean. Por todos lados suavizan imperfecciones, devuelven pelos despeinados a su lugar, forman filas de patos y reponen terrones gastados. Cuentan y sacan brillo a la plata. Dan amables palmaditas a la espalda de las ancianas y les arrancan sonrisas. Solo —ahí está el problema— cuando se encuentran con una perfección excesiva, cuando la superficie ya ha sido pulida, los patos ordenados y las viejas damas complacidas, mi pequeño ejército se rebela y entra por la fuerza. La realidad necesita algún que otro error, la alfombra ha de tener algún defecto. Mis palabras empiezan a tirar nerviosamente de las hebras buscan-

do asidero, un punto débil, una oreja vulnerable. Entonces llega la urgencia de gritar en la iglesia, en la guardería, en el cine abarrotado. Empieza con una comezón. Sin importancia. Pero pronto la comezón es un torrente atrapado tras un dique a punto de reventar. El diluvio universal. Mi vida entera. Ya vuelve. Anegándote las orejas. Construye un arca.

—¡A la mierda! —grito.

* * *

—Bocaena —dijo Gilbert Coney en respuesta a mi arrebato sin volver ni siquiera la cabeza. Me costó entenderle: «Tengo la boca llena», explicación y broma al mismo tiempo, aunque mala. Coney, acostumbrado a mis tics verbales, no se molestaba en comentarlos. Acercó la bolsa de White Castle a mi asiento del coche con el codo, haciendo crujir el papel—. Engüeo.

No tenía especial consideración con Coney.

—Alamierdalamierdalamierda —grité de nuevo, liberando más la presión de mi cabeza. Por fin pude concentrarme. Cogí una hamburguesa minúscula. La desenvolví y levanté la mitad superior del panecillo para examinar la retícula de agujeros de la carne y el brillo de la cebolla picada. Otra de mis compulsiones. Siempre tenía que mirar dentro de una White Castle para apreciar el contraste de la hamburguesa de máquina con los restos de pringue frito. CAOS y CONTROL. Luego hice más o menos lo que Gilbert había sugerido: engullirla de un bocado. Con el viejo eslogan «Cómpralas a bolsas» zumbándome en la cabeza y la mandíbula triturando la carne en trozos digeribles, me volví a mirar la casa desde la ventanilla del coche.

La comida me relaja.

Estábamos en una operación de vigilancia frente al 109 de la calle Ochenta y ocho Este, una casa solitaria atrapada

entre gigantescos edificios de apartamentos con portero por cuyos vestíbulos entraban y salían repartidores de comida china en bicicleta revoloteando como mariposas cansadas bajo la débil luz de noviembre. Gilbert Coney y yo también habíamos puesto algo de nuestra parte para unirnos al festín y nos habíamos desviado hasta el Harlem hispano para comprarnos las hamburguesas. Solo queda un White Castle en Manhattan, en la carretera 103 Este. No es tan bueno como algunas franquicias de las afueras. Ya no les ves preparar tu pedido, y la verdad es que he empezado a preguntarme si no pasarán los panecillos por el microondas en lugar de calentarlos al vapor. ¡Ay! Cogimos nuestro cargamento de hamburguesas y patatas preparadas según lo descrito y regresamos al centro, aparcamos en doble fila delante de la dirección que nos interesaba hasta que quedó un hueco libre. No nos llevó más que dos minutos, pero de todos modos eso fue lo que tardaron los porteros de ambos lados en echarnos ruidosamente de allí, íbamos en el Lincoln, que no tenía ni la placa de licencia ni las pegatinas ni nada que lo identificara como vehículo para transporte. Y Gilbert y yo éramos dos tipos grandullones. Probablemente nos tomaron por polis. No importaba. Masticábamos y observábamos.

No sabíamos qué hacíamos en aquel lugar. Minna nos había enviado allí sin explicarnos por qué, algo bastante habitual a pesar de que la dirección no lo fuera. Las misiones de la Agencia Minna suelen limitarse a Brooklyn, de hecho rara vez vamos más allá de Court Street. Carroll Gardens y Cobble Hill forman el entramado del tablero de juegos que componen las alianzas y enemistades de Frank Minna, y Gil Coney, los demás tipos de la agencia y yo somos las fichas —como piezas del Monopoly, pensaba a veces, coches de hojalata o terriers (desde luego, no como sombreros de copa)— que se desplazan por el tablero. En el Upper East Side nos encontrábamos fuera de nuestro te-

ritorio habitual: *Automóvil y Terrier* en Candyland, o quizá en el estudio con el Coronel Mostaza.^[1]

—¿Qué es esa placa? —dijo Coney. Señaló con la barbi-lla reluciente a la entrada de la casa. Miré.

—Zendo Yorkville. —Leí la placa de bronce de la puerta. Mi cerebro febril procesó las palabras y seleccionó con interés la más rara—. ¡A la mierda zendo! —musité entre dientes.

Gilbert se lo tomó, acertadamente, como mi manera de cavilar sobre lo que no me resultaba familiar.

—Sí, ¿qué es eso de zendo?

—A lo mejor es como zen —dije.

—¿Y eso qué es?

—Zen, como budismo. Maestro zen, ya sabes.

—¿Maestro zen?

—Sí, hombre, como maestro de kung-fu.

—Buf.

Y así, tras este pequeño desvío en la investigación, volvimos a nuestro placentero masticar. Por descontado, después de hablar mi cerebro se entretenía como mínimo con alguna versión inferior de ensalada de ecolalia: *Y eso de zendo qué es, ken, como zung-fu, maestro feng shuí, bastardo fungido, masturbación zen, ¡a la mierda!* Pero no hacía falta decirla, no mientras hubiera varias White Castle por desenvolver, inspeccionar y devorar. Iba por la tercera. Me metí una en la boca y luego levanté la vista hacia la puerta del ciento nueve, sacudiendo la cabeza como si el edificio hubiera estado espíandome. A Coney y los demás operativos de la Agencia Minna les encantaba salir de vigilancia conmigo porque sentía la compulsión de mirar el lugar u objetivo en cuestión cada medio minuto más o menos, así que les ahorraba el trabajo de tener que girar el cuello. Una lógica similar explicaba mi popularidad en las partidas de escucha telefónica: dadme una lista clave de palabras que detectar en una conversación y no pensaré en nada más, prácticamente saldré disparado al menor indicio de alguna

de ellas mientras que a cualquier otro la misma misión acaba, invariablemente, provocándole un sueño de lo más placentero.

Mientras masticaba la número tres y vigilaba la tranquila entrada del zendo Yorkville mis manos cacheaban afanosamente la bolsa de papel de las Castle para asegurarse de que todavía me quedaban tres más. Habíamos comprado una bolsa de doce y Coney sabía muy bien no solo que yo tenía que tener seis, sino que igualando mi cantidad me hacía feliz, le hacía cosquillas a los instintos obsesivo-compulsivos de mi Tourette. Gilbert Coney era un grandullón con corazón de oro, supongo. O quizá sencillamente fuera adiestrable. Mis tics y obsesiones mantenían divertidos a los demás Hombres de Minna, pero también les agotaban, volviéndolos extrañamente dóciles y complacientes.

Una mujer se detuvo ante la escalinata de la casa y subió hasta la puerta de entrada. Pelo corto y moreno y gafas tirando a cuadradas, es todo lo que vi antes de que nos diera la espalda. Llevaba chaquetón de marinero. Se le veían ricitos morenos en la nuca, debajo del corte a lo chico. Unos veinticinco, quizá dieciocho.

—Va a entrar —dijo Coney.

—Mira, tiene llave.

—¿Qué quiere Frank que hagamos?

—Solo observar. Tomar nota. ¿Qué hora es?

Coney estrujó otro envoltorio de Castle y señaló a la guantera.

—Apunta. Son las seis cuarenta y cinco.

Abrí la guantera —el click del pasador de plástico al soltarse produjo un ruido delicioso y hueco que sabía que querría repetir, al menos aproximadamente— y saqué una libreta pequeña. MUJER, PELO, GAFAS, LLAVE, 6.45. Las notas eran para mí, solo tendría que presentarle un informe verbal a Minna. Como mucho. Por lo que sabíamos quizá nos quería frente a aquella casa para asustar a alguien o para que esperáramos alguna entrega. Dejé la libreta en el

asiento, detrás de las Castle, y volví a cerrar la guantera; luego le di seis golpecitos más para aliviar la presión cerebral reproduciendo aquel ruido hueco que tanto me gustaba. El seis era el número de la suerte esa noche, seis hamburguesas, seis cuarenta y cinco. Así que seis golpecitos.

* * *

Para mí, contar, tocar cosas y repetir palabras es todo lo mismo. El Tourette no es más que un constante etiquetar. El mundo (o mi cerebro, tanto da) me señala eso una y otra vez. Y yo lo etiqueto.

¿Podría este eso hacer otra cosa? Si alguna vez hubieras sido un eso lo sabrías.

* * *

—Chicos —llamó una voz desde el lado de la calzada, sorprendiéndonos a los dos.

—Frank —dije.

Era Minna. Llevaba el cuello de la gabardina levantado para protegerse de la brisa pero sin acabar de ocultar del todo su mueca mal afeitada a lo Robert Ryan en *Grupo salvaje*. Se agachó hasta el nivel de mi ventanilla, como si quisiera evitar que le vieran desde el zendo Yorkville. Los taxis saltaban chirriando sobre el bache del pavimento que había justo detrás de Minna. Bajé el cristal de la ventanilla, me asomé compulsivamente y le toqué el hombro izquierdo, un gesto habitual en el que ni siquiera se fijaba desde hacía... ¿cuánto tiempo? Pongamos que unos quince años, desde que a los trece yo empecé a manifestar la necesidad de tocarle el hombro, hombro que por entonces tenía veinticinco años y Minna cubría con una cazadora punk. Quince años de golpecitos y toques... Si Frank Minna hubiera sido

una estatua en lugar de un montón de carne y huesos le habría sacado brillo hasta dejarlo reluciente, como los grupos de turistas pulen las narices y los dedos de los pies de los mártires de bronce en las iglesias italianas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Coney. Sabía que tenía que ser algo importante para traer a Minna hasta allí y además por sus propios medios cuando podía habernos mandado a recogerle a cualquier otro lugar. Había alguna complicación y, ¡sorpresa!, nosotros, los títeres, quedábamos fuera de juego otra vez.

Susurré con la boca casi cerrada y de forma inaudible *operación de vigilancia, escabullirse con audacia, emboscada subrepticia zendo*.

Los señores del embosque.

—Dame un cigarrillo —dijo Minna. Coney se inclinó sobre mí con un pitillo a medio sacar del paquete de Mall para que el jefe lo cogiera. Minna se lo llevó a la boca y lo encendió, frunciendo el ceño con gesto de concentración y protegiendo la llama con el cuello de la gabardina. Dio una calada y luego expulsó el humo en nuestro espacio vital—. Vale, escuchad —dijo como si no estuviéramos ya pendientes de sus palabras.

Hombres de Minna hasta la médula.

—Voy a entrar —dijo, mirando con los ojos entornados al zendo—. Me hablarán por el interfono. Abriré la puerta al máximo. Tú —señaló a Coney con la cabeza— aguantas la puerta y te cuelas dentro, solo eso, y esperas al pie de la escalera.

—¿Y si salen a tu encuentro? —preguntó Coney.

—Ya nos preocuparemos si ocurre —contestó Minna con tono tajante.

—Vale, pero y si...

Minna no le dejó acabar. Coney intentaba averiguar cuál era su función, pero tendría que esperar.

—Lionel —empezó Minna.

* * *

Lionel, mi nombre. Frank y los Hombres de Minna lo pronunciaban *laionel*. Lionel Essrog.

Laionel Esrock.

Espop.

Ex mod.

Etcétera.

Mi propio nombre era el chicle verbal original, estirado a estas alturas hasta formar hebras delgadas como filamentos que cubrían la cámara de ecos de mi cráneo. Fláccido e insípido de tanto masticarlo.

* * *

—Ten. —Minna dejó caer en mi regazo un monitor de radio y unos auriculares, luego se palpó el bolsillo de arriba de la gabardina—, llevo un micrófono. Me oirás en directo. Escucha con atención. Si digo, eh, «Ni que me fuera la vida», sales del coche y llamas a la puerta, Gilbert te deja entrar y los dos subís rápidamente las escaleras en mi busca, ¿de acuerdo?

Casi se me escapa con los nervios *A la mierda, palurdín*, pero tomé aliento y me tragué las palabras sin decir nada.

—No llevamos —dijo Coney.

—¿Qué? —preguntó Minna.

—Pipa, no llevo pipa.

—¿Qué pasa con la pipa? Di «pistola», Gilbert.

—No llevamos pistola, Frank.

—Con eso contaba. Por eso duermo por las noches. Porque no vais armados. No me gustaría que unos cabezas huecas como vosotros subieran tras de mí con una horquilla

o una armónica, no digamos ya con una pistola. Yo llevo una. Vosotros solo tenéis que aparecer.

—Perdona, Frank.

—Con un cigarro apagado, con un ala de pollo del puto Buffalo.

—Perdona, Frank.

—Escucha. Si me oyes decir «Primero tendría que ir al baño», significa que vamos a salir. Recoges a Gilbert y os metéis otra vez en el coche, listos para seguirme. ¿Entendido?

Ve, ve, ve, ¡VOZ!, dijo mi cerebro. Hez, hez, hez, ¡HOZ!

—Te va la vida, disparado para el zendo —dije en voz alta—. Vas al baño, arranco el coche.

—Eres un genio, Engendro —contestó Minna. Me pellizcó la mejilla y luego tiró el cigarrillo a su espalda; el cigarro dio una voltereta, esparciendo chispas. Minna miraba al vacío.

Coney bajó del coche y me pasé rápidamente al asiento del conductor. Minna palmeó un par de veces el capó como si le diera palmaditas a un perro en la cabeza después de decirle *quieto*, luego pasó por delante del parachoques delantero y levantó el dedo para indicarle a Coney que aguardara un momento, cruzó la acera hacia la puerta del número ciento nueve y llamó al timbre que había bajo la placa «Zendo Yorkville». Coney se apoyó en el coche a esperar. Me coloqué los auriculares. Oí claramente el ruido del zapato de Minna rascando el pavimento, así que el aparato funcionaba. Cuando levanté la vista vi que el portero del edificio de la derecha nos observaba, pero no hacía nada más que mirar.

Oí el interfono, en directo y vía micrófono. Minna entró, abriendo la puerta del todo. Coney agarró la puerta, se coló dentro y los dos desaparecieron.

Pasos subiendo escaleras, de momento sin voces. De repente vivía en dos mundos; la vista y el cuerpo tembloroso en el asiento del conductor del Lincoln observaban esta-

cionados el pacífico transcurrir callejero del Upper East Side —la gente que paseaba al perro, los repartidores y los jovencitos trajeados como adultos que con el despertar de la vida nocturna ponían rumbo a los bares de moda—, mientras mis oídos construían un paisaje sonoro a partir de los ecos de Minna subiendo las escaleras sin que nadie todavía saliera a recibirle, aunque él parecía saber dónde estaba. Oí las suelas de los zapatos rozando la madera, los escalones crujiendo, luego un instante de indecisión, quizá el frufú de la ropa, y después dos golpetazos en la madera y vuelta a caminar con pasos más silenciosos. Minna se había quitado los zapatos.

¿Llamar al timbre y luego subir sigilosamente? No tenía sentido. Pero ¿qué lo tenía? Saqué otra Castle de la bolsa de papel: seis hamburguesas para restaurar el orden en un mundo sin sentido.

—Frank —dijo una voz al otro lado del auricular.

—He venido —dijo Minna cansinamente—. *Pero no debería. Deberías limpiarte tu propia basura.*

—Te lo agradezco —continuó la otra voz—. *Pero las cosas se han complicado.*

—*Saben lo del contrato del edificio.*

—No, no creo. —La voz sonaba extrañamente serena, apaciguadora. ¿La reconocía? Quizá no tanto como el ritmo de las réplicas de Minna: hablaba con alguien a quien él conocía bien, pero ¿con quién?—. *Pasa dentro, hablemos.*

—¿De qué? ¿De qué tenemos que hablar?

—Escúchate, Frank.

—¿He venido hasta aquí para escucharme a mí mismo? *Eso puedo hacerlo en casa.*

—Ya, pero ¿lo haces? —Oí la sonrisa que acompañó a la voz—. *Me parece que no tanto ni con tanta atención como deberías.*

—¿Dónde está Ullman? ¿Le tienes aquí?

—Ullman está en el centro. Irás a verle.

—Joder.

—*Paciencia.*

—*Paciente lo serás tú, a mí esto me parece una jodienda.*

—*Típico, supongo.*

—*Sí. Bueno, pues acabemos con todo esto.*

Más pasos amortiguados, una puerta que se cierra. Un golpetazo metálico, posiblemente una botella y un vaso, alguien sirve una bebida. Vino. No me habría importado beber algo. En cambio seguí mascando mi Castle y mirando el exterior por el parabrisas mientras mi cerebro repetía *típico mímico místico mi tic hace clic palurdín* y entonces pensé en anotar algo más, abrí la libreta y debajo de MUJER, PELO, GAFAS escribí ULLMAN CENTRO CIUDAD y pensé *Fulano no está*. Cuando me tragué la hamburguesa, se me tensaron la mandíbula y la garganta y me preparé para un tic de coprolalia inevitable y audible, aunque no hubiera nadie para oírlo. «¡Come mierda, Bailey!».

Bailey era un nombre arraigado en mi cerebro touréttico, pero no sabía por qué. Nunca había conocido a ningún Bailey. Quizá Bailey representara al hombre, como George Bailey en *¡Qué bello es vivir!* Mi oyente imaginario tenía que sufrir la mayoría de mis insultos solitarios, por lo visto una parte de mí necesitaba un blanco de ataque. Si un afectado por el síndrome de Tourette se pone a maldecir en el bosque, donde nadie puede oírle, ¿lo hará en voz alta? Bailey parecía ser mi solución al acertijo.

—*Tu cara te delata, Frank. Te gustaría matar a alguien.*

—*No estaría mal empezar contigo.*

—*No deberías echarme a mí la culpa de haberla perdido, Frank.*

—*Será culpa tuya si le falta su Rama-lama-ding-dong. Eres tú el que le llenó la cabeza con esa porquería.*

—*Ten, tómate esto. —¿Le ofrece una bebida?*

—*Con el estómago vacío no.*

—*Vaya. Se me había olvidado que lo pasas mal, Frank.*

—*Aj, vete a la mierda.*

«¡Come mierda, Bailey!». Los tics siempre empeoraban cuando estaba nervioso, la tensión despertaba mi síndrome de Tourette. Y en aquella situación había algo que me ponía nervioso. La conversación que escuchaba por los auriculares estaba demasiado plagada de sobreentendidos, de referencias pulidas y opacas como si cada palabra escondiera años de tratos.

Además, ¿dónde estaba la chica morena del pelo corto? ¿En la habitación con Minna y su altanero contertulio, callada? ¿O en otra parte? Mi incapacidad para visualizar el espacio interior del 109 me inquietaba. ¿La chica era la misma de la que hablaban? Parecía improbable.

¿Y qué era su «Rama-lama-ding-dong»? No pude darme el lujo de preocuparme por el tema. Arrinconé una hueste de tics e intenté no pensar demasiado en cosas que no entendía.

Eché un vistazo a la puerta. Se suponía que Coney seguía al otro lado. Quería oír *ni que me fuera la vida* para poder salir escaleras arriba.

Un golpe en la ventanilla del conductor me sobresaltó. Era el portero que había estado observándonos. Me indicó por gestos que bajara la ventanilla. Dije que no con la cabeza, él dijo que sí. Al final cedí, me quité uno de los auriculares para poder escucharle.

—¿Qué? —pregunté triplemente distraído, el elevallunas eléctrico había seducido a la cotorra de mi mente, que ahora demandaba subidas y bajadas gratuitas. Intenté que no se notara.

—Su amigo le llama —dijo el portero señalando al edificio.

—¿Qué? —Resultaba de lo más confuso. Estiré el cuello para ver más allá del portero, pero no había nadie visible en la entrada del edificio. Mientras tanto, Minna seguía hablando al otro lado del auricular. Pero nada de baños ni de vidas.

—Su amigo —repitió el portero con marcado acento de Europa del Este, quizá polaco o checo—. Quiere verle. —Sonrió, mi perplejidad le divertía. Me sentí fruncir el ceño exageradamente, un tic, y quise decirle que se borrara aquella sonrisa de la cara: no podía creerse lo que veía.

—¿Qué amigo? —Minna y Coney estaban los dos dentro, si la puerta del zendo se hubiera movido me habría dado cuenta.

—Dijo que si le está esperando, él ya está listo —explicó el portero, asintiendo y gesticulando otra vez—. Quiere hablar.

Ahora Minna decía algo de «... *montar un lío en el suelo de mármol...*».

—Creo que se equivoca de hombre —le dije al portero—. ¡*Palurdo!* —Me estremecí, le mandé que se fuera e intenté concentrarme en las voces que me llegaban a través de los auriculares.

—Eh, eh —dijo el portero con las manos en alto—, que yo me limito a traerle un mensaje, amigo.

Volví a bajar la ventanilla automática y por fin conseguí alejar mis dedos del mecanismo.

—No pasa nada —contesté, me tragué otro *palurdo* convirtiéndolo en un ladrido agudo de chihuahua, algo así como ¡*yaip!*—. Pero no puedo dejar el coche. Dígale a mi amigo que si quiere hablar conmigo que venga a verme. ¿Vale, amigo? —Me parecía que de repente tenía demasiados amigos y no conocía el nombre de ninguno. Repetí el batir impulsivo de la mano, una combinación expeditiva de tic y gesto que tenía por objeto mandar a aquel payaso de vuelta a su puerta.

—No, no. Él dijo entrar.

«... *romper un brazo...*», me pareció oírle decir a Minna.

—Pues entonces que le dé su nombre —dije, desesperado—. Vuelva y dígame cómo se llama.

—Quiere hablar con usted.